

18+
DOMINAR EL PIANO



GENNADIY LOGINOV

Gennadiy Loginov

Domar el piano

«Издательские решения»

Loginov G.

Domar el piano / G. Loginov — «Издательские решения»,

ISBN 978-5-44-936978-9

La raíz de todos nuestros problemas en el presente a menudo está enterrada en el pasado. Se necesita valor para admitir nuestros errores anteriores y levantarnos en lugar de huir, para que podamos vencer al miedo, de una vez por todas.

ISBN 978-5-44-936978-9

© Loginov G.
© Издательские решения

Domar el piano

Gennadiy Loginov

Hay otro mundo, pero está en este.

Paul Éluard

Translator Pablo Martinez

© Gennadiy Loginov, 2020

© Pablo Martinez, translation, 2020

ISBN 978-5-4493-6978-9

Created with Ridero smart publishing system

Desde que tenía memoria, la buena suerte siempre le había favorecido. La moneda lanzada para resolver una diferencia caía invariablemente sobre el canto, y siempre sacaba seis en los dados. Los jugadores honrados perdían constantemente con sus cartas, y los tramposos y estafadores eran descubiertos de inmediato. Podía encontrar joyas, paseando por las calles de la ciudad por la noche. Y numerosos parientes lejanos y amigos de parientes, a los que nunca había conocido o había olvidado desde su infancia, le dejaban herencias generosas sin cesar.

Pero esto no le traía alegría y felicidad, sino todo lo contrario. Durante mucho tiempo se le había negado la entrada a las casas de juego. Entre los jugadores honrados, hacía tiempo que había adquirido la reputación de un notorio estafador y un sinvergüenza. Los verdaderos estafadores, que le guardaban rencor, intentaban repetidamente saldar cuentas con él, y fue sólo por la misma notoria suerte, que sus planes nunca llegaron a nada. Todas las joyas que hallaba resultaban ser robadas. Y los parientes de personas que fallecían prematuramente y que, sin razón aparente, le cedían sus bienes inmuebles y personales en presencia de candidatos más dignos, sospechaban que era un hechicero, o si no un estafador.

Fácilmente adquiría nuevas conexiones y obtenía puestos lucrativos, pero pronto los perdía con la misma facilidad, porque, al conocer su reputación, los nuevos conocidos ya no querían tratar con un personaje tan turbio y no querían mantener el servicio de una persona con los dedos tan ligeros.

De hecho, la mayoría de los que lo llamaban, con la convicción inquebrantable de que era un sinvergüenza y un bastardo, se ajustaban mucho mejor a sus definiciones. Este don (o, quizás, maldición) fue heredado de su padre, y él, a su vez, lo heredó de su padre, y es muy posible que la cadena se extendiera aún más.

De todos modos, la buena fortuna imaginaria trajo a Suertudo (como así se llamaba sarcásticamente a sí mismo) sólo miseria y sufrimiento. Y de ninguna forma pudo oponerse a este nefasto destino. Aunque, tal vez, era sólo una prueba enviada por Dios.

Sólo podía recordar un incidente de su infancia cuando aparentemente tuvo mala suerte en un asunto que le era muy querido: también era una forma de jugar, no con cartas, sino con un instrumento. En aquel momento, la tapa del piano se cayó y le golpeó con fuerza en los dedos, desanimando el deseo incipiente de convertirse en un músico sobresaliente. Con el tiempo, la flexibilidad inicial de

los dedos y sus habilidades se habían recuperado, pero la esperanza de establecerse en este campo se había extinguido de alguna manera.

Más tarde, se dirigió a la guerra, donde fue invencible ya fuera contra una bayoneta o una bala enemiga; recibió muchas condecoraciones y medallas, pero no pudo hacer carrera militar debido a otro escándalo relacionado con los juegos de azar. Por supuesto, todo el mundo estaba entusiasmado con el juego de cartas, pero fue su “suerte” la que lo arrastró a tales conflictos. Teniendo en cuenta sus méritos pasados, no lo castigaron severamente sino que lo obligaron a dejar el servicio militar. Sin embargo, cumplió completamente con su deber para con el ejército.

Al principio, intentó ahorcarse, la cuerda se rompió y se lastimó al caer al suelo. Entonces quiso dispararse a sí mismo: en el primer intento, el arma falló, y en el segundo se disparó por el revés, hiriéndose la mano. Luego saltó de un puente, pero unos buenos samaritanos lo sacaron rápidamente del frío canal de la ciudad y lo hicieron entrar en razón. Más aún: intentó apuñalarse con una daga, pero la impotencia le paralizó la mano, obligándole a soltar el arma en otro suicidio fallido. Entonces decidió lanzarse bajo un tren, pero éste se descarriló poco antes de llegar y milagrosamente evitó un encuentro con Suertudo. Para colmo, se subió al techo de un edificio con la firme intención de saltar y estrellarse contra el pavimento. Parecía que ahora lo había previsto todo, y que ninguna casualidad podría salvarle la vida; pero lo que no podía prever era el momento exacto antes del aterrizaje fatal: se despertó repentinamente en su cama, como si se tratara de un sueño ordinario. Y así, una y otra vez, algo impedía que sus trágicos planes se hicieran realidad.

Al darse cuenta de que, de hecho, era incapaz de suicidarse, se desesperó aún más, aunque antes le hubiera parecido que era prácticamente imposible. Sin saber adónde iba y por qué, Suertudo vagó por las calles, silbando una triste canción: las palabras se habían olvidado, era sólo una melodía, y por alguna razón, le recordaba al esqueleto amarillento de un hombre muerto, liberado de la carne que alguna vez estuvo podrida.

Por supuesto, podía vagar por las sombrías callejuelas, molestando a todo tipo de siniestros personajes, esperando ser apuñalado con el cuchillo de alguien. O pasar por burdeles, buscando contraer una infección terrible. O, por lo menos, pasarse a la morfina, al alcohol o al opio, poniéndose en una situación crítica. Pero sospechaba que estas ridículas aventuras no terminarían mejor que todas las otras tonterías anteriores.

Desde el exterior, podría parecer que el problema era artificial. De una forma u otra, se podía simplemente trasladar a un nuevo lugar, empezando de nuevo con un borrón y cuenta nueva, haciendo nuevos conocidos, encontrando una esposa y un trabajo, abandonando el juego permanentemente o, al menos, interesándose sólo en juegos en los que el papel de la suerte fuera insignificante en comparación con la habilidad y el cálculo. Naturalmente, todo esto le vino a la mente muchas veces, pero cada vez que intentaba implementar el plan, se enfrentaba a las mismas dificultades que cuando intentaba quitarse la vida.

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «Литрес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на Литрес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.